SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

FARINELLI

ÓPERA EN TRES ACTOS

PRECEDIDOS DE UN PRÓLOGO

LETRA DE

JUAN ANTONIO CAVESTANY

MÚSICA DEL MAESTRO

TOMÁS BRETÓN

CUARTA EDICIÓN

PRECIO: 50 CÉNTIMOS

MADRID

SALON DEL PRADO, 14, HOTEL

1902

FARINELLI

ADVERTENCIA IMPORTANTÍSIMA

Queda terminantemente prohibido publicar como argumento, reseña ó explicación de la obra, ningún fragmento de esta.

Los contraventores serán llevados á los tribunales, donde el autor hará valer los derechos que la ley de propiedad le concede.

PRÓLOGO

Una venta del siglo XVIII en el camino de Madrid á Aranjuez, con puertas y galerías practicables

ESCENA PRIMERA

CORO DE TRAJINANTES Y CAMPESINOS

CORO (Mirando por la gran puerta del fondo.)

Ved allá lejos...
¡qué remolino!...
¡qué polvareda
por el camino!...
La espesa nube
corre hacia acá...
Son las carrozas
que vienen ya.

—

Siempre que el rey con su corte
va de Madrid á Aranjuez,
la brillante comitiva
á esta venta vengo á ver.

—

Me agrada el aspecto—de tanto tesoro:
ver trajes de seda—bordados con oro,
magnates severos—y damas hermosas
cubiertas de cintas—brillantes y rosas;

marciales soldados,—gallardos donceles;
carrozas de plata,—soberbios corceles,
cual ola gigante—de encajes y gasa
que corre, que vuela,—que rompe y que pasa.

—

UNOS (Desde la puerta.)
Aun la comitiva
muy distante está.
OTROS Lleva buenas alas:
pronto llegará.

ESCENA II

DICHOS, CARLOS, JORGE Los dos con el traje de los hombres del pueblo de Italia

JORGE Me hace daño tu tristeza.
¿Por qué lloras, hijo mío?
¿Por qué tu rostro sombrío
constantemente he de ver?
Ya estamos en esta España
que ser nuestra patria debe,
donde encontrarás en breve
á un tiempo gloria y placer.

—

CAR. ¿A qué quiero la gloria
si no he de ser feliz,
estando en tierra extraña
y lejos de Beatriz?

—

JORGE La música y el canto—ser deben tus amores.
Los otros sólo encierran—mudanzas y dolores,
el arte nunca engaña,—la gloria siempre es fiel.
Tu voz incomparable—la dicha te asegura;
un angel envidiara—su timbre y su dulzura:
en ella están los triunfos,—en ella está el laurel.

—

CAR. No, padre. Yo cantaba
junto á mi bella.

En vano intentaría
cantar sin ella.
Su ausencia en negra noche
me envuelve ahora,
y las aves no cantan
más que á la aurora.

—

Viendo mi angustia y mi dolor sombrío,
¿por qué me quieres de ella separar?
Tú siempre la has amado, padre mío:
yo te he visto su rostro acariciar.

JORGE — No me hagas padecer. Porque la quiero
os debo para siempre desunir.

CAR. — Ten de mí compasión. ¿No ves que muero?

JORGE — Los triunfos y mi amor te harán vivir.

—

CORO — (Mirándolos con curiosidad.)
Ved los extranjeros.
Siempre solitarios.
Dicen que cantores
son extraordinarios.

—

HOMBRES — Me agrada ver del padre
la noble faz.

MUJERES — Pues yo mirar prefiero
la del rapaz.

—

JORGE — Entremos, hijo mío.

CAR. — Por tí llevar me dejo.

JORGE — Escucha y no desdeñes
la voz del pobre viejo.
No busques la ventura
de un sueño engañador.
La gloria tiene goces
más puros que el amor.

(Jorge y Carlos entran en su cuarto.)

ESCENA III

DICHOS menos CARLOS y JORGE

CORO (Mirando al interior.)
¡Ya llegan! ¡Ya llegan!
—¿Qué ocurre? ¿Qué pasa?
—Un coche volando
que corre hacia acá.
—¿Un coche? ¿Y los otros?
—Se quedan muy lejos.
—¿Qué habrá sucedido?
—No sé qué será.
(Ruido de cascabeles. El Doctor aparece.)

ESCENA IV

DICHOS, el DOCTOR. El Coro rodea al Doctor

DOC. ¡Ah, de la venta!—Venga el ventero.
CORO ¿Qué se os ofrece,—buen caballero?
DOC. Pronto, muchachos;—pronto, hijos míos:
cuartos y alcobas—dejad vacíos.
Barred estancias,—cuadras, cocinas;
tended esteras,—poned cortinas...
Que en nada el gasto—se tenga en cuenta.
Que se engalane—toda la venta.

—

CORO Decidnos qué sucede
por caridad.
DOC. Que aquí piensa hacer noche
Su Majestad.

—

CORO ¿El rey en este humilde
pobre recinto?
DOC. El propio Rey de España
Felipe quinto.

CORO Hablad, hablad.
Decid, decid.
DOC. ¿Queréis saber?...
Pues bien, oid.

—

Padece el rey magnánimo
por singular rareza,
ataques agudísimos
de rápida tristeza,
que á mí, que soy su médico,
me ponen en temor.
CORO ¿Es de veras, Doctor?
DOC. Ahora un acceso súbito
de padecer acaba,
cuando entre alegre séquito
hacia Aranjuez marchaba
por cierto contentísimo
y de excelente humor...
CORO ¡Ay, Jesús, qué dolor!

—

DOC. El Rey se puso pálido
sin causa conocida:
—de aquí no paso—díjome
con voz desfallecida;
—En esa venta quédome;
no quiero proseguir.
CORO ¿Quién lo pudo decir?
DOC. Traté con ruego tímido,
de hacer que desistiera,
pero él mandó impertérrito,
que al punto obedeciera,
y aquí sus regias órdenes
os vengo á trasmitir.
CORO ¿Conque el Rey va á venir?

—

¡Quién sospechara,—quién pensaría
suerte tan grande—tal distinción:
que el Rey de España—vivir querría
junto á nosotros—en un mesón!
DOC. Pronto, pronto, amigos míos,
no perdamos un momento;

del monarca el aposento
preparad sin dilación,
pues á honrar viene la venta
un nieto de San Fernando,
buena cena y lecho blando
debe hallar sin remisión.

—

(Ruido fuera.)

CORO

Se acercan las carrozas:
estad alerta.
—Vamos á recibirlas
á la otra puerta.

—

—¡Qué admirable cuadro!
—¡Qué gran comitiva!
—¡Viva el Rey Felipe!
—¡Viva! ¡viva! ¡viva!

(Vanse todos.)

ESCENA V

CARLOS, que sale de su cuarto

Dejo esa estancia lúgubre y sombría:
quiero espacio mayor
donde á solas evoque el alma mía
la imagen de mi amor.

—

Sombra siempre benigna y nunca ingrata,
¡no te apartes de mí!...
El dolor de tu ausencia no me mata
porque te llevo aquí.

—

Y tú, dulce canción que con mi bella
tantas veces canté,
sal de nuevo á mi boca y vuela á ella...
¡tú sabrás encontrarla donde esté!

—

Sin cesar evocada por mi deseo
donde quiera que miro tu imagen veo.
Tras su cristal la copia la clara fuente
y en sus vivos celajes el sol poniente:
me finjen las granadas tus labios rojos,
y la luz de la aurora la de tus ojos:
en los flexibles juncos tu talle miro
y en nardos y jazmines tu aliento aspiro.
Hizo para formarte tan hechicera,
pacto con el invierno la primavera,
y á un tiempo en tus mejillas, frescas y hermosas,
uno puso la nieve y otra las rosas...
No huyas de mí,
mira que yo no puedo
vivir sin tí.

—

Mi voz te nombra.
Tú eres el cuerpo; yo soy la sombra.
Que te ame deja:
tú la flor eres; yo soy la abeja.
Tú eres la viva llama cuya luz hiere,
y yo la mariposa que en ella muere.
Cual los torrentes al valle umbrío,
y el humo al cielo y al mar el río,
mi amor constante vuela hacia tí.
Tú lo eres todo, para mi anhelo:
mar, valle y cielo:
ven, vida mía; ven junto á mí.

(El Coro habrá ido apareciendo poco á poco en puertas, ventanas y galerías, como atraído por la canción de Carlos. Jorge se asoma también á la puerta de su cuarto.)

ESCENA VI

CARLOS, JORGE, CORO y después el DOCTOR

CORO
Parece el canto dulce lamento:
siento al oirlo hondo placer:
del cielo baja tan dulce acento:
la voz de un ángel tiene que ser.

—

JORGE (Desde la puerta de su cuarto mirando á su hijo con arrobamiento.)
Nacer no puede quien como él cante,
ni quien imite dulzura tal.
¿Quién oyó nunca voz semejante?
Por mí su nombre será inmortal.

—

DOC. (Saliendo muy contento.)
¡Victoria!... ¡Victoria!...
CORO ¿Qué pasa? ¿Qué ocurre?
DOC. Que ha sido fortuna
venir al mesón.
CORO ¿Pues qué ha sucedido?
DOC. Que el Rey ya está bueno.
De pronto ha sanado
con esa canción.

—

Su rostro se animaba
mientras oía
del armonioso canto
la melodía.
Doctor—dijo de pronto—
ya estoy curado,
y esa música ha sido
quien me ha salvado.
Al que cantó la estrofa
busca en seguida,
quiero que esté á mi lado
toda su vida.
CORO ¿Eso el Rey os dijo?
DOC. Y á eso vengo aquí.
CORO (Señalando á Carlos.)
Ved al que ha cantado.
CAR. Es cierto: yo fuí.

—

DOC. ¿El nombre del imberbe
precoz maestro? ..
CAR. Me llamo Carlos Broschi,
servidor vuestro.

—

DOC. Has hecho tu fortuna,
joven cantor;
el Rey es desde ahora
tu protector.

—

CORO ¡El Rey de honores
lo colmará!
DOC. Ven, que él te espera.
CAR. Vamos allá.
(Vanse Carlos y el Doctor.)

ESCENA VII

JORGE. CORO

CORO Por Dios, que del mancebo
la suerte es extremada.
Su estrella venturosa
le trajo á la posada.
Desde hoy le ofrece el mundo
brillante porvenir.
JORGE Mi sueño está cumplido;
logré cuanto esperaba.
La gloria de mi Carlos
desde hoy será la esclava.
Querrá la Corte entera
su dulce voz oir.

—

CORO (Mirando á Jorge.)
Mirad... Ese es su padre.
¡Por vida mía!...
¿Pues no llora el buen viejo?...
¡Quién lo diría!...

—

(Rodeándolo.)
Vaya, buen hombre,
basta de penas;
no es el momento
para llorar.

Vuestro hijo alcanza
dicha y honores;
con su ventura
debéis gozar.

—

JORGE ¿Pensáis que del dolor por el quebranto
veis mis párpados rojos?
Es la felicidad, fundida en llanto,
la que asoma á mis ojos.
Un placer sin igual, vivo y profundo,
el llanto me arrancó.
Mortal no existió nunca sobre el mundo
más dichoso que yo.

—

Idólatra del arte, por quien luché con brío,
la música fué siempre mi anhelo y mi ideal;
ansiaba á todas horas lograr que el hijo mío
á ser llegara un día cantante sin rival.

—

CORO Al fin vuestros afanes
Dios ha colmado...
JORGE Carlos del mundo entero
será admirado.
A lograrlo mi vida
sacrifiqué;
pero todo lo olvido,
pues lo logré.

—

CORO ¿Decís que os sacrificásteis?
JORGE De su voz esclavo fuí.
CORO No lo entiendo...
—Yo tampoco;
JORGE He luchado, más vencí.

—

CORO El placer al pobre viejo
le perturba la razón;
no me extraña que delire;
bien se explica su emoción.

—

JORGE (Cuando obtenga entre laureles
de la gloria el galardón,
olvidar podrá sin duda
fácilmente su pasión.)

ESCENA VIII

DICHOS, CARLOS

CAR. (Entrando con gran alegría.)
¡Oh, suerte inesperada!
¡Ya tengo cuanto ansío!
JORGE ¿Qué dices, hijo mío?
CAR. Que al cabo soy feliz.
JORGE ¿El Rey te dió sin duda?...
CAR. Me da más que he soñado,
pues manda que á mi lado
me traigan á Beatriz.
JORGE ¡Gran Dios! ¡Es imposible!
CAR. Contele mis amores,
mi ausencia, mis dolores,
mi horrible padecer.
Y el Rey mandó que al punto,
por él mismo llamados,
partiesen dos criados
en pos de esa mujer.
JORGE ¡No, no! No lo consiento.
No debo. ¡Fuera impío!
CAR. ¿Qué dices, padre mío?
JORGE Que olvides tu pasión.
CAR. En vano me lo ruegas.
JORGE Que me obedezcas, quiero.
Olvídala.
CAR. Primero
me arranco el corazón.
JORGE Vé que persigues una quimera.
Nunca en tal crimen consentiré.
CAR. ¡Crimen! ¿Qué dices?
JORGE Déjame, Carlos.
(Entra en su cuarto. Carlos le persigue y entra detrás de él.)
CAR. No; no te dejo ¡Yo lo sabré!
CORO (Después de irse Jorge y Carlos.)
Escena inesperada;

¡cuánto gritar!
¿Por qué, si bien la quiere,
la ha de olvidar?
Por mi nombre que el mozo
tiene razón.
No me explico del viejo
la obstinación.

ESCENA IX

CORO, EL DOCTOR. Después CARLOS

DOC. (Saliendo con dos Criados.)
¿En dónde está Carlos?
CORO No ha mucho ha partido.
DOC. Llamadle al instante.
CORO Ya viene. Mirad.
CAR. (Saliendo muy pálido. Aparte.)
(La tierra vacila
y el aire me falta.
Yo sueño, sin duda.
¡Dios mío, piedad!)
DOC. (A Carlos.)
Del Rey, dos emisarios,
en busca de tu amante,
á Italia, en este instante,
dispónense á partir.
CAR. ¡No!.. ¡No!.. ¡Que se detengan!...
DOC. ¿Qué dices, pobre amigo?
CAR. Que ya no vayan, digo.
¡Señor, hazme morir!
(Cae desmayado. Todos le socorren.)
CORO La muerte invoca
mirando al cielo;
pálido velo
cubre su faz.
Vínose á tierra
del rayo herido...
¿Qué habrá ocurrido?
Pobre rapaz!

FIN DEL PRÓLOGO

ACTO PRIMERO

Sala de Palacio en Aranjuez

ESCENA PRIMERA

CORTESANOS, CORTESANAS y PRETENDIENTES

CORO

Que nos tiene en menos
para demostrar,
gusta Farinelli
de hacerse esperar.

—

UNOS ¡Que sufra tal mengua quien es caballero!
¡Yo así desdeñado por un extranjero!

OTROS Por Dios que la espera resulta humillante.
¡Que un grande de España suplique á un cantante!

—

CORO

Es triste que un artista
ligero y vano,
llegue á ser favorito
de un soberano.

—

—Es un intrigante.
—Es un atrevido.
—A mí me ha negado lo que le he pedido.
—La cruz de Montesa lograr es mi anhelo.

—Yo quiero el destino que tuvo mi abuelo.
—Yo en Indias un cargo.
—Yo ser coronel.

TODOS Por eso es preciso que hablemos con él.

—

HOMBRES (Si al fin se ablandara
gran favor me haría.)

SEÑORAS (Si yo le gustara
qué feliz sería.)

HOMBRES (Por hacerle un ruego
nada pierdo yo.)

SEÑORAS (Digan lo que quieran
siempre me agradó.)

CORO GEN. Es un extranjero plebeyo y obscuro;
es un musiquillo modesto y vulgar.
Como venga ahora, yo se lo aseguro,
cuanto le desprecio le he de domostrar.

ESCENA II

DICHOS y FARINELLI

FAR. Felices, señores; perdón si he tardado.

CORO ¡Oh, grata sorpresa! ¡Placer sin igual!
Dios guarde la vida del noble privado,
del gran Farinelli de nombre inmortal.

—

FAR. ¿Merezco acaso, tal rendimiento?

CORO ¿Qué no merece vuestro talento?
—Vuestra fortuna.
—Vuestro poder.
—Y nunca fuimos aduladores
—Pero sí somos sus servidores.
—Siempre dispuestos á obedecer.

—

FAR. Basta; me cansa ya tal insistencia.

CORO Perdone su excelencia.

FAR. Con el rey despachaba y he tratado
de un asunto importante.

CORO ¿De un asunto de Estado?
FAR. No, á fe. De una cantante.

—

Elena Pieri, la virtuosa
de justa fama, de voz hermosa,
pronto de Italia debe venir.
Dos hombres corren tras de su huella,
y á la brillante fúlgida estrella
la corte en breve podrá aplaudir.

—

HOMBRES Tales asuntos dejad á un lado.
Del Rey de España sois el privado.
(Rodeándolo todos y tirando cada uno de él.)
—Tengo que hablaros.
—Dadme una audiencia.
—Vacó una plaza de la Intendencia.
—Yo en vos confío.
—Yo con vos cuento.
—Yo quiero el mando de un regimiento.
—Yo que á mi primo se nombre abad.
FAR. Basta, señores; por caridad.

—

SEÑORAS (Rodeándole también y haciendo lo mismo que los hombres.)
¡Cómo os acosan los pedigüeños!
No paréis mientes en sus empeños.
—Cosas más dulces os solicitan.
—De esas que al alma mueven y agitan,
—¿No sois devoto del dios alado?
—¿No amáis á alguna?
—¿No sois amado?
—¿Quién os conmueve?
—¿Quién piensa en vos?
FAR. Basta, señoras; basta por Dios.

—

SEÑORAS (Prendió en su pecho
de amor la llama.)
HOMBRES (Las pobres piensan
que ya las ama.)

SEÑORAS (Pronto á mis plantas
se rendirá.)
HOMBRES (Ya están contentas.)
(Riéndose.)
¡Já! ¡já! ¡já! ¡já!)
FAR. Yo no soy un favorito,
como á todos os parece,
aunque el rey me favorece
con marcada protección:
soy tan sólo un pobre artista
que en la corte tiene empleo,
pues del regio coliseo
se le dió la dirección.

—

CORO Del Rey en el afecto
sois siempre el preferido:
jamás ningún valido
logró mayor poder.
Señor de un reino entero
que vuestro nombre aclama,
laurel os da la fama
que eterno habrá de ser.

ESCENA III

DICHOS, el DOCTOR

DOC. ¡Farinelli! ¡Farinelli!
FAR. ¿Qué os ocurre, amigo mío?
DOC. Una nueva que confío
en que os ha de interesar.
Ya ha llegado la virtuosa.
FAR. ¿Quién? ¿La Pieri? (Con alegría.)
DOC. La cantante.
Ahora acaba, en este instante,
con Alberto de llegar.
FAR. ¿De veras?
DOC. Viene el pobre entusiasmado.
FAR. ¿Qué cuenta de la hermosa?
DOC. Según él, todo es poco comparado
con su voz cristalina y armoniosa.
FAR. Que entre Alberto al instante.

(Deteniendo al Doctor.)
Pero antes es preciso
quitar á estos curiosos de delante.
(Dirigiéndose al Coro.)
Ilustrísimos señores,
con placer os he escuchado
y prometo que colmado
vuestro empeño he de dejar;
mas la audiencia aquí termine,
porque ahora justamente,
un asunto muy urgente
necesito despachar. (Despidiéndoles.)
Adiós, señores.

CORO — Quede él con vos.
FAR. — Que os guarde el cielo.
CORO — Que os guarde Dios.

(Vanse todos menos Farinelli.)

ESCENA IV

FARINELLI, ALBERTO

ALB. — Salud, maestro querido.
FAR. — Salud, Alberto amado.
ALB. — Regreso á vuestro lado
con gozo singular.
FAR. — Ya sé que por tu celo
logramos á la estrella.
ALB. — Y á fe que os traigo en ella
cuanto podéis soñar.
FAR. — Por tí tendrá mi regio coliseo
de todos el laurel.
ALB. — Tendrá más que pensar pudo el deseo
si Elena canta junto á vos en él.

—

FAR. — ¿Su rostro es bello?
ALB. — Por tal lo admiro.
FAR. — ¿Su voz es dulce?
ALB. — Como un suspiro.
FAR. — ¿Canta con fuego?
ALB. — Y hace sentir.

FAR. Será un prodigio.
ALB. Yo así lo creo.
FAR. Llévame al punto: verla deseo.
ALB. Antes á solas me habéis de oir.

—

FAR. ¿Qué quieres?
ALB. Una gracia,
por caridad.
FAR. Pídeme cuanto anheles.
ALB. Pues escuchad.

—

Cual brotan flores en la pradera
al anunciarse la primavera
del sol al beso germinador,
así en los séres, la hora llegada,
al casto beso de una mirada,
flor de las almas, brota el amor.
Yo en crudo invierno y en noche fría
sin dueño y sólo triste vivía,
cuando de pronto ví á esa mujer.
Rompió la sombra con sus fulgores
el sol brillante de los amores,
y tuvo el alma su amanecer.

—

Ahora si la perdiese
me moriría.
¿Quién vuelve á las tinieblas
en pleno día?
Solo al imaginarlo
de angustia muero,
y de vuestro cariño
mi bien espero.
Todo lo consigue
vuestro gran poder...
Dadme la existencia,
¡dadme á esa mujer!

—

FAR. ¡Feliz tú que persigues la ventura
de un sueño embriagador!
¡Ay, no conozcas nunca la tortura

de vivir sin amor!
La voz que el alma sin cesar profiere
y «ama y vive» nos grita sin cesar,
y á mí sólo me dice «sufre y muere,
tú no puedes amar.»

—

ALB. ¿Nunca habéis amado?
FAR. Como nadie amó
ALB. ¿Y ese afecto ciego?...
FAR. Por siempre murió.

—

Era un idilio de amor ardiente
que en sus comienzos tronchó mi vida.
Nació mi pecho de adolescente
bajo aquel cielo resplandeciente
de mi lejana patria querida.
Fué mi amor sin ventura
que aun hoy me inflama,
mariposa ligera
de alas de rosa:
nació, tendió su vuelo,
brilló una llama,
y en ella halló la muerte
la mariposa.

—

ALB. ¿Llorais? ¿Tan imborrable es vuestra pena?
FAR. No hablemos de ella más, Alberto mío;
pensemos sólo en tí. ¿Te ama tu Elena?
ALB. Aun no; pero confío
en que al fin me amará. Vos en mi ayuda
debeis venir...
FAR. Sin duda.
Yo te daré riquezas, poderío...
ALB. No busca Elena tan mezquina palma;
mis súplicas acoge con desvío
porque lleva otro amor vivo en el alma.
¡Amor de la niñez, lejana historia!...
¡Vago sueño de gloria!...
FAR. ¿Amó tal vez á otro hombre?
ALB Que partió sin decir que la dejaba.
Carlos, cual vos, su amante se llamaba.

FAR. ¿Eh? ¿Qué? ¿Tu Elena bella?... (Con angustia.)
ALB. Elena no se llama... Ese es un nombre
que lleva la cantante solamente.
Su nombre verdadero...
FAR. ¡Dios clemente!
¡Que entre al punto!
ALB. (Desde la puerta.) Pasad.
FAR. (Viendo á Beatriz, que aparece.) ¡Cielos! ¡Es ella!

ESCENA V

DICHOS, BEATRIZ

BEAT. (Con vivísima alegria.)
¿No sueño?... ¡Carlos mío!...
FAR. ¡Al cabo logro verte!...
BEAT. Sin duda desvarío...
FAR. Dios une nuestra suerte.
ALB. (Aparte, con dolor.)
(Era él á quien amaba,
y yo la traigo aquí..
¡Quimera venturosa!
¡Cuán pronto te perdí!)

—

FAR. Dulce momento
tan esperado;
fin anhelado
de mi dolor...
Volved alegres
á mi memoria
días de gloria,
sueños de amor.

—

BEAT. Supremo instante
tan perseguido,
del mal sufrido
compensador.
Por fin del alma
te enseñoreas..
¡Bendito seas
divino amor!

—

ALB (Dulce esperanza
consoladora,
cándida aurora
de hermoso albor...
Borró por siempre
tu lumbre pura
la noche obscura
de mi dolor.)

—

BEAT. (Con transporte amoroso.)
Por fin nos hallamos,
por fin soy dichosa...

FAR. (Lo mismo.)
Mayor es mi dicha
teniéndote á tí.
(Transición rápida, separándose con horror.)
Mas ¿qué estoy diciendo?
Sin duda estoy loco.
¡Apártate! ¡Déjame!

BEAT. (Con sorpresa.)
¿Te alejas de mí?...

FAR. ¿Que te amo pensaste?
No; no; ¡no lo creas!

BEAT. ¿Qué dices?

FAR. No abrigues
tan loca ilusión.

BEAT. Mi Carlos...

ALB. Maestro...

FAR. Callad. ¡Apartaos!
¡A solas dejadme!
¡Tened compasión!

ESCENA VI

DICHOS. JORGE

JORGE Carlos, querido Carlos ..

BEAT. ¿Qué estoy viendo?
¡Jorge!...

JORGE (Con asombro.)
¡Beatriz! ¡Dios santo!

BEAT. ¿No me abrazáis?

JORGE (Mirando á Farinelli.)
(Su turbación comprendo.)
BEAT. ¿Vos, que me amábais tanto,
me rechazáis también?
FAR. (¡Ay, suerte impía!)
BEAT. Hablad, por compasión. Mirad mi llanto.
JORGE (¡Infeliz!)
BEAT. Yo os imploro:
hablad á Carlos de la angustia mía;
decidle que le adoro. .
JORGE ¡No más! ¡Calla! ¡Detente!
BEAT. ¿Qué decís?
JORGE Que ese amor es un delito.
Olvídalo.
BEAT. ¿Olvidar? ¿Estáis demente?
JORGE Ahoga en el alma de tu amor el grito.

—

FAR. Ya oiste su mandato:
me debes olvidar...
BEAT. Quien eso me repite
no sabe qué es amar.
FAR. ¿Que yo no sé?... (¡Dios mío!
Infúndeme valor;
retuércete en mi pecho
desventurado amor.)

—

BEAT. Para seguir el consejo
tú me tienes que enseñar;
dime, tú que eres ingrato:
¿qué hay que hacer para olvidar?

—

FAR. (¡Me llama ingrato y se queja!...
Por contraste singular
ella llora cuando mata
y yo muero sin llorar.)

—

JORGE (Llegó el terrible momento
que siempre quise evitar.
Mis ansias y mis afanes
echó por tierra el azar.)

—

ALB. (El le adora y le rechaza
la razón sin explicar.
El secreto que me oculta
necesito descifrar.)

—

(Aparte á Farinelli.)
Vos la amáis. En vuestros ojos
la pasión con fuerza estalla.
FAR. No lo digas... ¡Calla! ¡Calla!
¡Nunca lo debe saber!
Yo lograré que me olvide.
ALB. Ved que es difícil la empresa.
FAR. Te renuevo mi promesa:
¡será tuya esa mujer!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

Telón corto que representa el escenario del teatro del palacio de Aranjuez

ESCENA PRIMERA

El DIRECTOR de orquesta y CORO de virtuosas. El Director aparece sentado al clave, acompañando á las virtuosas que ensayan

CORO — Callan las aves en la espesura,
tiende su manto la noche obscura,
no agita el aire la rubia mies.

DIR. — Más sentimiento; más poesía...

CORO — Muere el postrero fulgor del día...

DIR. — Precisamente. ¡Bravo! Eso es.

CORO — ¡Cuánto misterio, cuánta belleza
tiene la madre naturaleza,
siempre fecunda, siempre inmortal!

DIR. — Ahora más brío, más ardimiento.

CORO — (Desentonando.)
Silba de pronto furioso el viento;
cruje la selva...

DIR. — (Deteniéndose.) Basta. Muy mal.

—

CORO — (Señalándose unas á otras.)
(Esta fué, sin duda,
quien desafinó.

la pobre no sabe
cantar como yo.)

—

DIR. Al decir que silba el viento,
la expresión ha de ser viva.
Perseguir debe el acento
la armonía imitativa.

—

CORO (Ya empiezan las constantes
repeticiones.
¡A fe que tengo ganas
de imitaciones!)

—

DIR. Farinelli desea
con interés,
que la «ninfa smarrita»
resulte bien.

—

Volvamos al ensayo.
CORO Ley es vuestro deseo.
(Se disponen á empezar. El Doctor aparece.)
DOC. Salud á las artistas
del regio coliseo.

ESCENA II

DICHOS y el DOCTOR

CORO ¡Oh, qué sorpresa!
Doctor querido...
que os guarde el cielo;
sed bien venido.
DOC. Gracias, mil gracias
por tanto honor.
CORO Necesitamos
vuestro favor.

—

Doctor, es imposible que nosotras
podamos hoy cantar:

tenemos la garganta resentida,
debemos descansar...
Decid á Farinelli que es preciso
que consulte con vos,
decidle que se agotan nuestras fuerzas:
¡decídselo, por Dios!

DIR. (Aparte al Doctor.)
(No les hagais caso:
dejadlas hablar.)

DOC. (Las conozco mucho:
las voy á curar.)

—

(A las virtuosas.)
Sólo el aire nativo
sabe las fuerzas
restablecer.
Yo diré á Farinelli
que á Italia al punto
debéis volver.

—

CORO ¿Qué estais diciendo?

DOC. Que por fortuna,
ya vuestra ausencia
suplida está.
Llegó la Pieri;
la gran cantante.
Ninguna falta
nos hacéis ya.

—

CORO ¿Pensais en tal cosa?

DOC. Se lo he de decir.
Estais muy enfermas:
tenéis que partir.

—

CORO Yo me siento buena.—Yo ya me he curado.
—¿Quién, por el momento, piensa en descansar?
—Yo canto esta noche.—Yo siempre he cantado.
—Yo desde ahora mismo tengo que ensayar.

—

DOC. (Aparte al Director.)
(Bien acerté el remedio:
y están todas mejor.)
DIR. Curais divinamente:
por algo sois doctor.)

ESCENA III

DICHOS: BEATRIZ

BEAT. A todos saludo.
DOC. Bien venga la estrella.
CORO (Mirándola mucho. Aparte.)
(¡Y este era el prodigio!...
¿Verdad que no es bella?)
BEAT. Tal vez mi retraso
molestias os da.
DIR. Llegáis en buen punto.
BEAT. (Mi Carlos no está.
Lo voy siguiendo constantemente,
cual sigue al río la clara fuente,
como la abeja sigue á la flor.
Y él me huye, ingrato, con saña dura,
como huye al día la noche obscura,
como á las nieves huye el calor.)

—

DIR. Si queréis que el ensayo
continuemos,
vuestra aria de la *Ninfa*
repasaremos.

—

BEAT. Por mí, ya estoy dispuesta.
DIR. Pues, empezad.
CORO (Veremos si la fama
dice verdad.) (El Director toca. Beatriz canta.)

—

BEAT. Como el ave en el bosque busca su nido,
yo busco en todas partes mi bien perdido.
Sombra tan perseguida por mi deseo,
¿dónde te has ocultado que no te veo?

Te voy siguiendo siempre; siempre te llamo,
y tú nunca respondes á mi reclamo.
Ya saben mis dolores y tus desvíos,
mares, olas y brisas, selvas y ríos.
Mátame si te enojan nuestras cadenas,
mas no quieras hacerme morir de penas:
de nuestra triste ausencia rompe los lazos,
¡verás cómo de dicha muero en tus brazos!

—

CORO — ¡Qué voz tan dulce! ¡Tan armoniosa!
Bien dicen todos que es celestial...
(Aparte unas á otras.)
(¡Qué presumida! ¡Qué vanidosa!
Para mi gusto, canta muy mal.)

—

DOC. — Con razón se celebra
vuestro talento.
BEAT. — Lisonja cortesana...
DOC. — Juro que no.
¿Conoce Farinelli
tan dulce acento?
BEAT. — Lo conoce de antiguo,
mas lo olvidó.

—

DOC. — Desde hoy, de seguro,
no lo olvidará.
BEAT. — ¿Quién puede afirmarlo?
DOC. — (Viéndolo aparecer con Alberto.)
Miradlo: aquí está.

ESCENA IV

DICHOS, FARINELLI, ALBERTO

FAR. — (¡Ella!)
BEAT. — (¡Mi Carlos!)
ALB. — (A Farinelli.)
(Tened valor:
que no os conozca
vuestra emoción.)

CORO (Rodean á Farinelli.)
Salud al favorito
del Rey Fernando sexto:
al mágico cantante
del mundo admiración.

FAR. Salud á las estrellas
del arte y la hermosura,
encanto de los ojos
y al par del corazón.

—

CORO Amable con nosotras
viene el privado.

FAR. Siempre vuestros hechizos
me han cautivado.
(Intenta acariciarlas.)

CORO No hay que propasarse.

FAR. ¿Por qué tal rigor?

CORO Tratáis de engañarnos.

FAR. No engaña el amor.

—

BEAT. (Acercándose á él, suplicante.)
Carlos. ¡Carlos mío!
no me hagas sufrir.

FAR. (Rechazándola con visible esfuerzo sobre sí mismo.)
Déjame. Soy libre.
No te quiero oir.

—

(Alto, á las virtuosas.)
Venid ¡oh palomas!, venid al reclamo.

CORO (Con malicia.)
A fe que el palomo bien sabe arrullar.

FAR. ¿Seréis desdeñosas sabiendo que os amo?

CORO ¿A todas á un tiempo? ¡Por Dios que es amar!

ALB. Lleva en el alma terrible guerra;
lucha valiente contra su amor.
¡Cuánta amargura su dicha encierra!
¡Sus alegrías cuánto dolor!

—

BEAT. (No sabe, el ingrato,
que me hace morir.)

FAR. (¡Señor, dadme fuerzas,
que pueda fingir!)

—

Yo detesto la constancia
fuente eterna de dolores:
muchos fáciles amores
valen más que un solo amor.
En sus brazos, afanosa,
busca inquieta el alma mía
del placer y la alegría
el delirio embriagador.

—

CORO No es esa esperanza muy consoladora,
pero es franco al menos, y más vale así.
FAR. Digo sin ambajes lo que mi alma adora
quienquiera constancia que no piense en mí.

—

BEAT. (Con saña fiera rompe mi vida
y al asestarme golpe mortal,
mientras más ancha ve que es la herida
revuelve en ella más el puñal.)
FAR. (Que piense siempre que soy dichoso,
que nunca sepa, para su mal,
que soy con ella más generoso
mientras me juzga más desleal.)

—

Basta de ensayo ya, que el rey me espera.
DOC. ¿El rey?
FAR. Quedó la escuadra preparada
del Tajo en la ribera.
DOC. ¿Hoy también cacería?
DIR. Y música, sin duda, regalada.
FAR. Dice Su Majestad que la voz mía
suena mejor en la arboleda umbría,
y es su bondad por mí tan extremada
que él mismo me acompaña con su clave
cuando de vuelta y al morir el día
surca las ondas la gallarda nave.
DOC. Pues no le detengamos,
que el rey no ha de esperar. Señoras, vamos.

—

CORO Que por la verde feraz ribera
grata os resulte la expedición,
y que en la caza, donde ella impera,
Diana os conceda su protección.

ESCENA V

FARINELLI, BEATRIZ

BEAT. (Tengo que hablarle.
Y ahora ha de ser.)
FAR. (No se ha marchado.
¿Qué debo hacer?)

—

BEAT. Carlos, escucha... ¡Por tu madre amada,
por nuestro amor, por tí!!..
FAR. (Afectando indiferencia.)
A fe que es muy solemne la llamada.
¿Qué pretendes de mí?

—

BEAT. ¿Cómo te has olvidado de aquel cariño
que llenó venturoso tu alma de niño?
¿De la infancia el recuerdo no te recrea?
¿No ves las casas blancas de nuestra aldea,
junto á aquel mar brillante, limpio de brumas,
que va á besar sus plantas roto en espuma?
De tan dulces memorias llamo á la puerta.
¡Despierta, Carlos mio; por Dios, despierta!
De sacudir el sueño llegó la hora.
¡Conmigo á tus balcones llama la aurora!

—

FAR. ¿Cómo juzgar pudiste pasión ardiente
lo que fué de la infancia juego inocente?
Aunque afecto se juren profundo y ciego
el amor de dos niños siempre es un juego.
De tu alma arrojar debes tal fantasía
como logré arrojarla yo de la mía.
Está ya muy distante mi edad primera
y soy yo otro distinto del que antes era.
Buscó riqueza y fama, poder y honores.
¡Esos tan solamente son mis amores!

—

BEAT. ¿Tanto la fortuna
tu ser ha cambiado

que ya no recuerdas
ni aun que me has amado?

—

FAR. (Con ironía.)
Eso... La fortuna,
la ciega ambición...
Ellas mi esperanza,
mis anhelos son.

—

Quiero la sombra del regio manto,
quiero ser grande, quiero subir...
(Aparte.)
(No digas nunca, rebelde llanto,
que solamente quiero morir.)

—

BEAT. ¿Y así me desdeñas
ingrato, perjuro?
FAR. ¿Ingrato? ¿Yo ingrato?
(¡Contente, dolor!)
BEAT. ¿Piedad no te inspira
mi afecto tan puro?
FAR. Me son poco gratas
las quejas de amor.
El Rey me espera.
BEAT. Nunca
pensara tal maldad.
FAR. Pudiera incomodarse
tal vez Su Majestad.
BEAT. Corre en buen hora tras la privanza
Tu odioso olvido me inspira horror.
(Aparte.)
(¡Adiós por siempre, dulce esperanza!
¡Adiós por siempre, sueños de amor!)

—

FAR. Quejas y celos me dan hastío.
Quiero grandezas, triunfos, favor...
(Aparte.)
(Ya me rechaza... ¡Gracias, Dios mío:
por fin te apiadas de mi dolor!)
(Farinelli se va corriendo. Beatriz le sigue.)

CUADRO SEGUNDO

El Tajo.—La ribera de este río, que corta diagonalmente la escena, dejando en el primer término de la derecha un buen espacio de terreno firme. Al fondo, alamedas y sotos. En el primer término de la izquierda, la nave del Rey, de la cual solo se ve la mitad, para que desde la parte no visible pueda figurarse que caza el Monarca.

ESCENA PRIMERA

CORO de ALDEANOS en la ribera, CORO de MARINEROS en la embarcación y CORO de OJEADORES y BATIDORES dentro

ALDEANOS Mirad qué gallarda se mece en el río
la mole soberbia del rico bajel.
A bordo los Reyes ahuyentan su hastío
venados y corzos cazando desde él.
Del breñal espeso
los hacen salir,
y á la misma orilla
vienen á morir.

—

MARINS. (Desde el barco.)
Mucho cuidado, que el viento es duro.
Fuertes las anclas: firme el timón.
El Rey no puede cazar seguro
cuando se mueve la embarcación.
Estad alerta,
fijos estad:
que tire á gusto
su Majestad.

—

BATIDORES (Dentro, acompañados de cuernos de caza y ladridos.)
Montes y valles, selvas y alores
hagan las trompas estremecer:
muevan el soto los batidores,
no quede nada por recorrer.

Los hombres á un lado,
los perros aquí.
¡Ahí va ese venado!
¡Ahí va un jabalí!

—

ALDEANOS Y MARINEROS

(Alternando y mirando todos hacia el soto.)

—Un corzo se acerca.
—Es cierto. Ahí viene.
—Callad. Se detiene.
—Las zarzas cruzó.
—¡Ya llega! ¡Ya llega!
—Por Dios, que es ligero.

(Suena un tiro.)

—¡Buen tiro!
—Certero.
—El Rey lo mató.

—

CORO GENERAL

Es muy hermosa la cacería,
cuando los hombres y la jauría
tras los venados corriendo van.
Y entre las trompas y el alboroto
crujen las ramas y tiembla el soto
como al empuje del huracán.

—

UN OFICIAL DE MARINA (Desde el barco.)

Que partamos dispone
su Majestad.
Todos á nuestros puestos.
¡Anclas levad!

—

(Empieza la maniobra en el barco.)

ALDEANOS Ya se mueve sobre el agua
la gallarda embarcación.

MARINS. Escuchad que Farinelli
dé comienzo á su canción.

—

(El barco avanza, y al descubrirse se ven en una amplia

camara al Rey sentado al clavicordio, acompañando á Farinelli, que canta. Junto á ellos la Reina y damas y caballeros de la corte. La nave se desliza lentamente.)

FAR. Soñolientos murmullos
del bosque umbrío;
leves ondas azules
del claro río;
blancas palomas,
que cruzais arrullando
valles y lomas;

—

efluvios de la selva,
viento sonoro,
id á besar las plantas
del bien que adoro,
y ante mi bella
decidle que de amores
muero por ella.

—

CORO Es muy hermosa la cacería,
cuando los hombres y la jauría
tras los venados corriendo van.
Y entre las trompas y el alboroto,
crujen las ramas y tiembla el soto
como al empuje del huracán.
(Sigue el Coro mientras el barco avanza.—Telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

Telón corto que representa una galería contigua á la Iglesia

ESCENA PRIMERA

BEATRIZ, FARINELLI, ALBERTO, JORGE, el DOCTOR, SEÑORAS y CABALLEROS

CORO (Viendo á los novios que entran.)

Mirad la novia
qué hermosa viene.
¡Qué rico traje!
¡Qué linda faz!
Por Dios que Alberto
fortuna tiene.
Se la merece
por lo galán.

—

DOC. (A los novios.)

Pues la feliz pareja
logró su anhelo
al realizar su hermoso
sueño de amor,
mil años su ventura
conserve el cielo.

ALB. En el alma os lo estimo,
caro Doctor.

—

Logré cuanto el pecho anhela;
aun más que nunca soñara:
por fin de Dios ante el ara
Beatriz mi esposa va á ser.
Fácil es que todavía
no se colme mi deseo,
pues soy tan feliz que creo
que va á matarme el placer.

—

DOC. (A Farinelli.)
¿Qué os ocurre, Farinelli?
Vuestro rostro está sombrío.

FAR. (Fingiendo indiferencia.)
Nada tengo, amigo mío.

DOC. Perdonad, pero creí...

FAR. Sólo siento en este instante
complacencia y no amargura,
pues de Alberto la ventura
como propia es para mí.

—

(A Alberto aparte.)
Yo te la entrego:
tu amor la escuda.
si ella es dichosa
feliz seré.

ALB. Solemne os hago
mi juramento;
yo su ventura
labrar sabré.

—

Amarla siempre será mi vida;
verla dichosa mi aspiración:
nadie cual ella será querida:
veréis lograda vuestra ilusión.

—

FAR. (Aparte.)
(Rebeldes celos de un pecho amante,
no me descubra vuestra explosión:

que no se asomen á mi semblante
las amarguras del corazón.)

JORGE (Mirando á su hijo.)
(Siente de celos dolor sombrío
y en vano lucha con la aflicción.
Señor, da fuerzas al hijo mío:
de sus dolores ten compasión.)

BEAT. (Dolor punzante rasga mis sienes:
miro segura mi perdición.
Aunque él me hiera con sus desdenes
siento por Carlos ciega pasión.)

—

(Acercándose á Jorge, aparte.)
Oidme, Jorge amigo:
sufrir no puedo más.

JORGE Ten calma.

BEAT. ¡Con Alberto
no debo ir al altar!

JORGE ¿Qué dices, desdichada?

BEAT. Ayuda me prestad.

JORGE ¡Oh! ¡Calla, que nos oyen!

BEAT. ¡Salvadme!

JORGE ¡Basta ya!

—

(Dirigiéndose á todos.)
Señores, Beatriz está cansada:
que se repose un punto es conveniente

ALB. (Acudiendo con solicitud.)
¿Qué tiene?

DOC. (Lo mismo.) ¿Enferma está?

JORGE Nada; no es nada.
Al templo andad vosotros sin cuidado;
yo os seguiré con ella prontamente.

DOC. Ya está el altar dispuesto y adornado.

JORGE Pues haced lo que os digo.

BEAT. Es que yo...

JORGE (Bajo á ella.) Calla. ¡Tente!
(A los demás.)
Id á la iglesia, que con ella os sigo.
(Vanse todos menos Beatriz y Jorge.)

ESCENA II

JORGE y BEATRIZ

JORGE ¿Qué intentas? ¿Qué me has dicho?
BEAT. Lo que es cierto:
que no voy al altar si es con Alberto.
JORGE ¿Por qué?
BEAT. ¿No comprendéis?
JORGE Estás demente.
BEAT. Aunque Carlos se finja indiferente,
aunque en vano mi amor al suyo llama,
sé que nunca me mira frente á frente,
y sé también por qué... ¡por qué me ama!
JORGE Locura, sueño es.
BEAT. No tal.
JORGE Despierta,
que estás en un error.
BEAT. Estoy bien cierta.

—

El miente cuando dice
que olvida mi cariño,
que aquel amor del niño
fué un sueño engañador.
Por mas que en sus palabras
fingirme quiere enojos,
se escapan por sus ojos
relámpagos de amor.

—

JORGE Es falso lo que dices,
no es cierto que te quiera,
mas nada, aunque lo fuera,
podrías esperar.
Si tal amor sintiese
su corazón un día,
su amor se arrancaría
y el corazón al par.

—

BEAT. ¿Queréis destrozarme el alma?
JORGE Soy tu amigo siempre fiel.
BEAT. ¿No me amáis ya?
JORGE Porque te amo
necesito ser cruel.

—

Si el tuyo es muy triste, más triste es mi llanto,
que te amo, hija mía, con viva pasión.
BEAT. No acierto á explicarme que amándome tanto
queráis de mi vida romper la ilusión.

—

JORGE Es tu crimen tu amor.
BEAT. ¡Dios soberano!
¿Un crimen?
JORGE Sí.
BEAT. Romped el hondo arcano...
JORGE ¡No lo debes saber!
BEAT. Saberlo quiero.
JORGE ¡Basta!
BEAT. ¿No véis que muero?
JORGE No puedo decir más.
BEAT. ¡Sois inhumano!
(Separándose de él y corriendo hacia la iglesia.)
¡Carlos! ¡Carlos!... ¡Piedad!
JORGE (Deteniéndola.) ¡Calla, insensata!
BEAT. No quiero... ¡Carlos!
JORGE (Con energía.) Me has de obedecer.
BEAT. ¿Por qué he de obedecer á quien me mata?
JORGE ¡Porque yo, Beatriz, te he dado el ser!

—

BEAT. (Con espanto.)
¿Eh? ¿Qué?... ¡Dios piadoso!
Sin duda deliro.
JORGE ¡Más bajo! ¡Más bajo!
BEAT. ¡Señor, compasión!
JORGE ¡Beatriz! ¡Hija mía!...
BEAT. ¡Mi padre!
JORGE. ¡Silencio!
BEAT. ¡Adiós para siempre,
perdida ilusión!

—

JORGE
Comprende cuán grande será mi amargura;
comprende cuán honda mi angustia ha de ser.
¡Al mismo que os ama con tanta ternura
romper vuestra vida le impone el deber!

—

BEAT.
Me rindo al destino y hoy mismo de Alberto
de Dios ante el ara la esposa he de ser.
¡Así para siempre mi amor habrá muerto!
¡Así de olvidarlo me impongo el deber!

—

Vamos al punto.
Id vos delante.

JORGE — Nada le digas.
BEAT. — Nada sabrá.
LOS DOS — Del sacrificio
llegó el instante.
Dios me proteja.
Dios te bendiga.
Vamos allá.

(Vanse los dos.)

CUADRO SEGUNDO

El Templo.—Coro alto de una iglesia, detrás de cuyo antepecho de piedra se ve en el fondo el templo profusamente iluminado y el altar mayor dispuesto para una boda. La iglesia estará llena de fieles y el coro de frailes.

ESCENA UNICA

CORO DE FIELES y CORO DE FRAILES. Después FARINELLI y JORGE

FRAILES
Nuestra soberbia humillemos
de Dios ante el regio manto;
llegue al cielo nuestro canto
del pecado redentor.

Y en el suelo las rodillas,
y en el polvo nuestras frentes
alabemos reverentes
la grandeza del Señor...
Del blanco incienso
sobre la nube
nuestra plegaria
se eleva y sube.
Sabe el camino
por donde va. .
Dios en su seno
la acogerá.

—

FIELES (En la iglesia.)
Virgen piadosa,
reina del cielo,
luz y consuelo
del corazón:
no desatiendas
súplicas tantas:
llegue á tus plantas
nuestra oración.

—

FRAILES y FIELES } Salve, Madre bendita de los amores,
fuente de la esperanza, fin del pesar.
Salve, Virgen clemente, flor de las flores,
refugio en la borrasca, faro en el mar.
Calza la luna
tus plantas bellas;
hierve en tus ojos
vivo crisol;
tu espalda cubre
manto de estrellas;
tu blanca frente
corona el sol.

—

(Entra Farinelli seguido por Jorge, que intenta detenerle. Se asoma á la Iglesia y mira á ella con ansiedad.)

JORGE Oye, Carlos; detente...
FAR. Verla quiero;

darla el último adiós. . ¡Mira qué hermosa
ante el ara postrada!

JORGE
Ya es la esposa
de Alberto.

FAR.
(Con desesperación.)
¿Y yo no muero?
(Aparte.)
(Oye mis ruegos, ¡oh, Virgen pura!
Sólo una gracia te he de pedir.
Mi vida á cambio de su ventura.
Hazla dichosa... ¡y hazme morir!)

FRAILES y FIELES
Salve, Madre bendita de los amores,
fuente de la esperanza, fin del pesar;
Salve, Virgen clemente, flor de las flores,
refugio en la borrasca, faro en el mar.
Calza la luna
tus plantas bellas;
hierve en tus ojos
vivo crisol;
tu espalda cubre
manto de estrellas;
tu blanca frente
corona el sol.

FIN DE LA ÓPERA

Los ejemplares de esta obra se hallan de venta en todas las librerías.

Será considerado como fraudulento todo ejemplar que carezca del sello de la *Sociedad de Autores Españoles*.